

terra 

Grandes historias de 2013: el día en que "cerro" Estados Unidos

BBCMundo.com

Empiezo por hacerles una confesión peculiar: no son pocos los que creen que soy dromomaniaco.

Eso significa un impulso irresistible por desplazarse de un lugar a otro. Pero en realidad no estoy desquiciado: simplemente soy un viajero apasionado.

Por ello estoy más que acostumbrado a que mis travesías por el mundo se vean trastocadas por todo tipo de extrañas circunstancias: desde una inesperada visita a un hospital turco cuando un aviso electrónico cayó en mi cabeza, hasta una estancia en una casa abandonada en Azerbaiyán, pasando por un viaje demorado por un grupo de contrabandistas de cigarrillos en Ucrania.

Sin embargo, jamás se me habría pasado por la cabeza que el culpable de arruinar mis vacaciones pudiera ser un gobierno paralizado. Es más: hasta que pasó, no había pensado que un gobierno podía dejar de funcionar de esa forma. Y menos el de Estados Unidos.

Pero eso fue precisamente lo que ocurrió en las primeras semanas de octubre, por primera vez en más de 15 años. Unos 700.000 empleados federales fueron enviados a sus casas sin salario y con la incertidumbre de un regreso sin fecha definida.

El mundo miraba con atención cómo uno de los países más poderosos del mundo no podía ponerse de acuerdo. Y todo tuvo que desencadenarse justo cuando mi padre venía a conocer mi nuevo hogar.

¿Y ahora qué hacemos?

Los hechos se pueden resumir así: los republicanos estaban presionando al presidente Barack Obama y a su partido para que echara para atrás su proyecto bandera, una reforma al sistema de salud conocida como Obamacare.

El escenario era la discusión presupuestaria. Si las partes no lograban conciliar sus diferencias y acordar un presupuesto antes del primero de octubre, el gobierno se iba a ver obligado a declarar un cierre técnico, a falta de fondos para pagar las cuentas.

Pero el presidente no cedió. Coincidiendo con la entrada en vigor de una parte clave de Obamacare, venció el plazo para el acuerdo de financiación y el gobierno entró en paralización parcial o shutdown.

Eso significó que, en la práctica, todos los servicios federales clasificados como no esenciales dejaron de funcionar.

También significó que la imagen internacional del país se vio seriamente afectada y su economía sufrió un duro golpe: la agencia Standard and Poor's estimó que el cierre de más de dos semanas le costó a Estados Unidos US\$24.000 millones.

Y, en un plano mucho más personal, dejó a los curiosos turistas que llegan a diario a la capital estadounidense sin acceso a las principales atracciones. Para ellos, que estaban sólo de paso, lo esencial era recorrer los parques nacionales, los museos públicos y los monumentos que hacen a la ciudad popular con los viajeros. Esencialmente, sin embargo, ¡se habían equivocado de fecha para vacacionar!

Por eso, cuando mi padre llegó a Washington, apenas al comienzo de la crisis, se encontró con que era imposible descubrir la capital en toda su plenitud. Él, un inglés andariego -y otro viajero incurable- recorrió miles de kilómetros para quedar paralizado, como el gobierno.

En su guía decía que había que visitar el monumento a Lincoln. Pero estaba cerrado. Agregaba que había que visitar el zoológico. Cerrado. O la Biblioteca del Congreso con sus magníficas salas de lectura. Cerrada. O los museos Smithsonian. ¿Hay que decirlo?

Gracias a la indecisión de los congresistas, todo eso resultó imposible tanto para nosotros como para la tropa de turistas que no pudo cambiar sus planes a corto plazo y debió soportar con estoicismo el curioso imprevisto. Mi caso, en otras palabras, fue el caso de miles.

Los carteles de "cerrado" aparecieron el mismo primer día de aquel shutdown: en las calles vi a los empleados federales que dejaban sus oficinas antes del mediodía y ya empezaba a notarse la frustración que crecería en las siguientes dos semanas, hasta que se reabrió el gobierno, el 17 de octubre.

Conforme avanzaban los días, y mientras en los noticieros se multiplicaban las historias de los empleados en problemas, de las cancelaciones de matrimonios en lugares públicos, de los efectos negativos sobre la investigación médica y de las conversaciones políticas sin rumbo, los turistas se rascaban la cabeza con incredulidad. La pregunta era siempre la misma: "¿Y ahora qué hacemos?"

Sorpresas ocultas

La respuesta también era siempre la misma: descubrir.

No en vano, varios museos privados, que normalmente quedan relegados a un segundo plano ante la eminencia (y la gratuidad) del Smithsonian, tuvieron un notable incremento en sus visitas (y en sus ingresos) durante el problema gubernamental.

Tener alternativas es bueno, pero seamos claros: nada podría equiparar, en mi caso, la emocionante experiencia de ver de cerca el transbordador Discovery o el avión que botó la primera bomba atómica sobre Hiroshima -ambos

tras puertas cerradas- que aprender, digamos, sobre la nueva generación del diseño de las escuelas verdes en el Museo de la Construcción, que permaneció bien abierto.

A pesar de todo, admito que durante el cierre hubo sorpresas ocultas. Así como culpo a los políticos en Washington por arruinar mis vacaciones, también tengo que darles las gracias. Gracias, señores congresistas, no sólo por mostrarme una capital que va más allá del gobierno federal, sino por hacer de mis vacaciones algo totalmente memorable y atípico.

Puede que tuviera que llenar muchos días con las más imprevistas actividades hasta que ustedes, señores congresistas, finalmente se pusieron de acuerdo -aunque sólo temporalmente- y reabrieron el gobierno, amenazados con la posibilidad de una crisis económica mayor.

También volvieron a funcionar parques y museos, pero la paralización dejó un sabor amargo: una confirmación palpable de que la política local está empantanada por las posiciones de dos bandos aparentemente irreconciliables.

En lo que concierne a mi padre, dos cosas quedaron en claro.

No sólo tendrá que volver a DC para conocer la ciudad -si los políticos lo permiten- sino que nunca olvidará que la primera vez que visitó la capital de Estados Unidos, deseoso de ver cómo funcionaba, no pudo ver casi nada porque estaba paralizada por primera vez en 17 años.